



R

ecobro de
ternura

MAX MENDIZÁBAL

Camina por el parque permitiendo el desliz de su memoria, que sin ataduras era tan libre como cuando su cuerpo se expresaba aglutinándose con él; ajustándose a un sólo calor, a un sólo ritmo que aún la estremece al recordarlo. Se solaza y sonríe sin darse cuenta, hasta que la dolencia hiende nuevamente y el ensueño se evade, provocando en su rostro un marcado abatimiento.

Indiferente a lo que pudiesen pensar al verla así los escasos paseantes, se sienta en una banca y evoca atardeceres de plenitud pasional en un tiempo ido para siempre. Resbala su tristeza por un tobogán infinito mientras el parque se va despoblando.

Una pelota rueda y coquetea con sus zapatos gastados haciéndola reaccionar. Del grupo de jugadores se desprende el más pequeño, quien al agacharse a recoger el balón detecta con sus hermosos ojos azules a la mujer que inconscientemente cierra las piernas, cuyo calor, bien lo sabe, se desperdicia ahora. El niño doceañero sigue mirándola con dulzura y entorna una sonrisa. Ella percibe un hábito recobrado de ternura.

—¿Por qué estás triste?

Desconcertada por la pregunta, responde que no está triste sino pensativa. De inmediato se avergüenza del embuste y admira el cabello infantil de sortijas doradas en la penumbra que envuelve ya los prados.

El niño comenta que su madre también está triste y muy sola, y tras un determinante “¡Espérame, no te vayas!”, regresa con sus amigos quienes voltean a verla, luego cruza velozmente la avenida y se introduce en una casa estropeada.

Ella sabe que es hora de retirarse, mas le apena desestimar la petición del pequeño y decide aguardar. Éste

vuelve en seguida. Explica que su madre yace en cama por estar enferma y le suplica que acuda a tomar un café con ella. La imprevisible propuesta le impide contestar; se incorpora y la pequeña mano la conduce, seguidos por los demás jugadores.

El interior de la casa es deprimente. Un recibidor destartado e incómodo: sin focos, con una alfombra raída y un sillón gastado que displicente muestra parte de su esqueleto de madera y resortes, no eliminan su esperanza de comunicación que la hace inventar que dicho sitio posee una tibieza confortable.

—Ahorita la recibe mi mamá, siéntese por favor —el chico indica el sillón.

Al acomodarse ahí con timidez, un nubarrón polvoriento brota del mueble. Desaparecen los jóvenes por una puerta lóbrega y el silencio los releva en la habitación. Medita si el pesar de la enferma será comparable al suyo. Se percata que ha sido atrapada por la noche y eso la pone nerviosa, aunque no se atreve a retirarse. Escucha rumores y voces alteradas tras las paredes.

Inesperadamente, se presentan en tropel. Queda estática ante la terrible mutación; muestran groseramente sus virilidades enardecidas, la rodean blandiendo navajas en las manos. Colocan puntas aceradas en sus senos, en el vientre, en el sexo, en los muslos. El mayor de ellos pronuncia una palabra:

—¡Desnúdate! —y las aristas filosas hienden la tela del vestido.

Cree desmayarse, ¡quiere desmayarse y desgarrar la pesadilla! El beneficio no se realiza. Con dedos temblorosos afloja sus prendas frente a los jadeos lascivos. Asco y terror se compenetran y su cuerpo exánime sobre la alfombra es obligado a abrirse para ser manoseado y utilizado con saña una y otra vez, sin descuidar el amago de las navajas cercanas. Al fin, una sombra compacta la cubre.

Recupera lentamente la conciencia. Se ve tirada en la acera, junto a la puerta de la casa abandonada. El frío le espina cada poro y a tientas busca su ropa esparcida sobre el asfalto. Torpemente cubierta, retorna por el sendero del parque rumbo a su cuartucho solitario. ■